

Santo». Estábamos de nuevo en «Parsifal».

Contentos con el cambio, nos hallábamos sumidos en el más dulce misticismo musical, cuando la onda de Honolulu, de vuelta quizá del desierto de Sahara, comenzó otra vez su papel de aguafiestas. A fuerza de mover desesperadamente cuanto aparato hallamos a mano conseguimos ponerla al fin en fuga; pero, apenas libre de ella, la voz misteriosa habló de nuevo para anunciarnos que en San Nicolás llovía desde hacía una hora. Nosotros, ya de mala mala manera, le respondimos que el mismo diluvio universal nos tenía sin cuidado, pero la voz, sin perder su irritante calma, nos dijo que no estaba hablando con nosotros sino con el Observatorio Astronómico de La Plata.

A todo esto, eran las doce de la noche, me encontraba aislado en una calle remota de Belgrano y había, efectivamente, empezado a llover a cántaros. Era inútil buscar con aquel tiempo ni coche ni automóvil. Salí hasta la puerta, a esperar un tranvía, pero Anselmo me dijo que, en su opinión, no habiendo ninguna vía cercana, difícilmente pasarían tranvías por delante de la casa. Es curiosa la facilidad con que los tranvías se habitúan a un recorrido dado, del que no es posible sacarlos más. Si un tranvía empieza a pasar por una calle, puede afirmarse que en el noventa y nueve por ciento de los casos seguirá pasando por allí durante varios años, con o sin necesidad. En cambio, cuando no ha cruzado por un sitio dado, es seguro que nunca lo cruzará, aun cuando se le llame con toda urgencia. Era inútil, pues, que esperara en la puerta de mi amigo, viendo caer la lluvia. Podía quizá darse el caso excepcional de un tranvía extraviado que pasase por casualidad, pero ello importaba a la verdad entregarse al azar con demasiada ingenuidad.

Anselmo, contra toda su costumbre, tuvo entonces una idea, lamentándose de no haberla pensado antes. «En la

Dedicatoria

Don Ramón del Valle-Inclán ha tenido la gentileza de enviar a D. Alfonso XIII un ejemplar de su obra «Farsa y licencia de la reina castiza», que acaba de publicarse, con la siguiente inusitada dedicatoria:

«A S. M. el Rey D. Alfonso XIII. Señor: Tengo el honor de enviaros este libro, estilización del reinado de vuestra abuela Doña Isabel II, y hago votos porque el vuestro no sugiera la misma estilización a los poetas del porvenir».

plaza del Once, me dijo, hay una gran cochería de un conocido mío, aficionado como yo a la radiotelefonía. Será sencillísimo pedirle por radio un coche». Y acto seguido tocó tres o cuatro llaves y una onda partió valientemente desde Belgrano, bajo la lluvia, hasta la plaza del Once, en busca de un coche para mí. Algunos minutos pasaron; la onda de Honolulu se cruzó tres o cuatro veces y el señor de la lluvia volvió a asegurarnos que en San Nicolás seguía lloviendo. Por fin, entre todas las voces, se destacó una que nos pareció de marcado acento cocheril. Encantados con el hallazgo rogamos a la voz que nos enviara cuanto antes el coche que necesitábamos. Pero la voz, con gran amabilidad, nos declaró que, en su opinión, su coche no podría llegar antes de tres o cuatro días, puesto que hablaba desde Mar del Plata.

Las horas iban pasando y Margarita, entre bostezos, comenzaba visiblemente a echar de menos el lecho nupcial. Mi situación se hacía de momento en momento más trágica e insostenible, ya que la onda de Anselmo, paseando por todos los países

de la tierra, no acertaba a detenerse en ninguna cochería. Decidí, pues, salir yo mismo en busca de un vehículo, encaminándome, desde luego para más seguridad, a la cochería del amigo de Anselmo. Así, bajo el agua, con el capricho furioso de aquel coche, atravesé a pie Palermo y la Recoleta, crucé Callao, pasé sin detenerme frente a la puerta de mi casa, seguí por Rivadavia y llegué a la plaza del Once como llegan a su fin los hombres de carácter. Allí encontré la cochería y el coche prometido. Desde lejos, entre las luces de los relámpagos, distinguí sobre la azotea de la casa los hilos característicos del teléfono sin hilos. Diez minutos después, ya de vuelta, me detenía por fin en mi casa, mojado, pero en coche.

De esta relación de mi aventura, resultan, pues, probadas las siguientes conclusiones:

1º—Para oír «Parsifal» por teléfono sin hilos debe empezarse por el vals de la «Duquesa del Bal Tabarín».

2º—El paraguas es un aparato complementario del teléfono sin hilos.

(La Nación. Buenos Aires).

A. B. C.

POR MARIANO SILVA Y ACEVES

EL HADA CAPERUZA.

CUANDO Caperucita Roja salió del vientre del lobo, se transformó en un Hada, porque el lobo era viejo encantador y, al morir, tuvo que darle su ciencia maravillosa. El manto rojo brilló mucho más, y el jarrito de manteca se convirtió en vara de virtud. Todo lo que tocaba con ella se volvía risueño. No quiso dejar pasar aquel día, tan lleno de emociones, sin llevar a su abuelita a la ciudad a vivir con su madre.

LOS DOS PERRITOS Y EL PERRO GRANDE.

UNA vez se encontraron dos perritos y se hicieron amigos. Se pusieron a correr uno tras otro y a jugar con sus colas. Así se divertían cuando llegó un perro grande a quererles enseñar a estar con juicio en la calle, y les empezó a decir un largo discurso que sabía de memoria. Entonces los perritos se fueron acercando a él con cuidado, le mordieron las narices y corrieron con todas sus piernas.

EL REY Y SU GLOBO.

ESTE era un rey que salía en las noches de luna llevando de una hebra un globo blanco que flotaba en el aire y a través del cual se podían ver pasar las nubes. El rey estaba grande

rato viendo su globo y midiendo con él el tamaño de las nubes. Después lo llevaba a otra parte y hacía lo mismo. Cuando la luna se metía, el rey recogía la hebra de su globo y se iba a dormir.

LA SOMBRILLA ABIERTA.

ERA una sombrilla de mil colores que puesta al sol brillaba esplendorosamente. En cada uno de sus gajos había pintados muchos cuentos excelentes que suceden en el país de las nubes. Allá subía diariamente la sombrilla abierta y cuando bajaba, en la tarde, los niños, asomados a las ventanas, la miraban venir en el aire, llena de movimientos cadenciosos.

(La Falange. México, D. F.)

En lo sucesivo—señores agentes y suscritores de provincias—sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o en forma de *giro postal*; que sin ello suelen perderse.

El costo del certificado, o del giro, lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO